
**Valencia, Sayak (2010): *Capitalismo gore*.
Barcelona: Melusina.**

En uno de los poemas de La Universidad Desconocida, Roberto Bolaño afirma que “la violencia es como la poesía, no se corrige”. Una afirmación de este tipo genera inevitablemente numerosos interrogantes, que no despejan los dos versos siguientes: “No puedes cambiar el viaje de una navaja / ni la imagen del atardecer imperfecto para siempre” (Bolaño, 2007). No obstante, tal vez al hilo de *Capitalismo gore*, de Sayak Valencia, podamos plantear una hipótesis de lectura, al menos en relación con el primero de los términos –la violencia–, que quizá coincidiría con la intención de Bolaño: la violencia no puede ser corregida en su último trazado, desde la mano que imprime una determinada fuerza en esa navaja (en un rifle de calibre 50 o en una Benelli M4) hasta que esta (la bala, la pelota de goma) alcanza el cuerpo de la víctima¹. Es decir, sí puede y debe corregirse antes, teniendo en cuenta “sus causas, sus alcances y su persistencia” (Valencia, 2010:10). Este es el propósito que enuncia *Capitalismo gore*: pensar el papel de la violencia en tanto práctica estructural de las lógicas y el funcionamiento del capitalismo. Según Valencia (2010), a causa de esta relación de conveniencia, podríamos referirnos al capitalismo, en su última etapa y de acuerdo a una serie de prácticas, como un “capitalismo gore”.

En todo caso, antes de ocuparnos de la formulación de este concepto, creemos que es pertinente considerar las advertencias de lectura que expone el texto, en relación con su lugar de

enunciación y su aparato crítico (“Warning”: 9-12). En primer lugar, la autora aclara, en primera persona, que esta obra ha sido escrita desde un contexto específico (Tijuana, México, Tercer Mundo) y que por lo tanto responde a un discurso situado, lejos de los discursos “blancos” o primermundistas. A lo largo del texto, además, se reitera la intención de producir discurso a partir del cuerpo, la experiencia o los conocimientos propios (“No deseamos discursos abstractos”). Lo que no se dice (aunque posiblemente se infiere, y por lo tanto quizá podría haber sido tenido en cuenta por la autora) es que este discurso se articula, también, desde lo que no se sabe o lo que no se ha vivido (por ejemplo, lo que diría Escobar (1998) sobre una concepción del “Tercer Mundo” que no agota su problemática). Esto podría haber atenuado la seguridad y la inmovilidad de la autora en algunas partes de la obra, lo que podría haber afilado algunos de sus contenidos y suavizado otros. Aunque un discurso de ese tipo, corporizado y situado, nos parece no solo oportuno, sino la única forma de hacer análisis cultural en la actualidad, creemos que en la recurrencia constante a la primera persona y a una determinada posición de escritura corremos el riesgo de fortalecer demasiado esa posición como una determinada marca (®) de autor que cuestionaría su potencia crítica (en este caso, una posición auto-definida como “relegada” o “inédita”, marcada por un alejamiento de lo occidental que nos plantea algunas dudas).

En segundo lugar, la autora nos advierte de que parte asimismo en su análisis desde una perspectiva transfeminista, que recoge las aportaciones de la teoría o los activismos

feministas en cualquiera de los puntos cardinales del globo, desde sus primeras manifestaciones hasta las más recientes. Creemos que este enfoque es particularmente pertinente en tanto “modelo de crítica cultural” (Richard, 2009), cuando localiza y por tanto ubica en un marco explicativo más completo las marcas de género en los episodios del tipo de violencia que es objeto de análisis en esta obra (más problemáticos pueden resultar, sin embargo, ciertos pasajes conceptuales que tratan de vincular, quizá un tanto forzosamente, la perspectiva transfeminista y el análisis del devenir “gore” del sistema político-económico actual, partiendo de una supuesta “lógica masculinista” de la lucha por el poder o de la violencia).

Desde este lugar, Sayak Valencia propone el término “capitalismo gore” para definir las mutaciones a las que se han visto sometidas las lógicas económicas y políticas hegemónicas en su última fase, “en los espacios (geográficamente) fronterizos”. Si el adjetivo “gore” ha sido tomado de un género cinematográfico que se caracteriza por la presencia de imágenes de violencia extrema, el “capitalismo gore” se refiere, en consecuencia, “al derramamiento de sangre explícito e injustificado (como precio a pagar por el Tercer Mundo que se aferra a seguir las lógicas del capitalismo, cada vez más exigentes), al altísimo porcentaje de vísceras y desmembramiento, frecuentemente mezclados con el crimen organizado” pero “planeados –no obstante– en el núcleo mismo del neoliberalismo, la globalización y la política” (2010: 15-17).

De esta concepción (sumamente certera) del capitalismo, podríamos repensar, quizá, la

noción de frontera. Si bien en algunas partes del texto se insiste en la acepción geográfica del término como “un lugar imbuido de historia y memoria” (2010: 23), en otras el término se hace más voluble, lo que redundaría, en nuestra opinión, en una mayor efectividad de la formulación “gore” para el capitalismo. Es sabido que la frontera, entendida –en términos materiales– como la línea que discrimina entre el territorio de una nación y otra, no puede ser definida en la modernidad sin hacer referencia a la violencia. No obstante, creemos que sería más eficaz contemplar esta acepción del término “frontera” no tanto como límite sino como umbral, es decir, como una cosa no diferente respecto del límite, sino como “la experiencia del límite mismo”, que, a su vez, lo expropia del pensamiento dicotómico de la interioridad-exterioridad (Agamben, 1996: 43-44). De este modo, la frontera como umbral geográfico puede permanecer, si se quiere, como espacio privilegiado para observar y desde el que atacar las prácticas gore del capitalismo; pero, al mismo tiempo, esta noción puede hacerse más permeable, y podemos pensar en las fronteras-umbrales que existen en el interior de los estados-nación (ciertas zonas de México amenazadas particularmente por la Guerra del Narco o de otros países, también, de Occidente) o en el interior de las ciudades (ciertos barrios o periferias urbanas), o incluso llevarla, simbólicamente, a otros planos: el plano político (lo que está o no permitido hacer o pensar) o, de nuevo, específicamente sobre el cuerpo (la sexualidad).

Creemos que la aportación fundamental de este libro consiste en visibilizar y señalar el

aspecto más sórdido -y *corregible*- del capitalismo actual, y que no importa tanto el lugar en el que este se revele con más frecuencia como sus modos sangrientos. De hecho, aunque la autora no reconoce ninguna filiación directa, ya se había hecho uso de esta fórmula -“capitalismo gore”- desde una perspectiva similar pero aplicada a otros contextos político-geográficos², y son numerosos también los autores y los creadores que han recogido en el centro de su producción crítica o artística (y no en el margen, como sugiere la autora) problemas tanatopolíticos que afectan a un conjunto amplio de las sociedades modernas y contemporáneas³. “La historia contemporánea -como afirma Valencia- ya no se escribe desde los sobrevivientes sino desde el número de muertos” (2010: 20).

De esta forma, se rastrea el devenir gore del capitalismo a partir de tres motivos básicos (e irremediabilmente entretreídos): la relación entre los centros de poder y el crimen organizado, entre la economía legal y la economía ilegal; la formación y la consolidación de un “mercado gore” (o de una “comercialización necropolítica”); y las prácticas de “necroempoderamiento”, como las define la autora, de un tipo de sujeto -los “sujetos endriagos”- que es generado en este contexto.

Así, en el texto se aportan datos, obtenidos en estudios de economía política, que revelan que el capital que maneja el crimen organizado no sería nunca inferior al 15 % del producto mundial bruto (aunque el porcentaje es notablemente más alto en casos como el de México o Italia), lo que le otorgaría una influencia innegable en la toma de decisiones de

la economía global. De este modo, los límites que separan a los estados, las empresas transnacionales y las estructuras de las mafias o el narcotráfico se han vuelto, más acá de la jurisdicción y el derecho, absolutamente difusas. Según Carlos Resa (2003), el crimen organizado es de hecho actualmente “la forma más desarrollada y depurada de empresa en un mercado incontrolado, o mejor dicho, controlado por una élite, donde el dinero otorga la única fuente legítima de poder, que sus acumuladores ejercen arbitrariamente”; es decir, con violencia. Ahora ya no es el mercado quien determina las leyes para la gestión de la violencia, sino que la violencia se ha convertido, asimismo, en la ley de los mercados que recae sobre nuestros cuerpos⁴.

La autora se refiere en este sentido a un “mercado gore” y, también, a unas prácticas de “consumo gore”. En este punto, además, se hace más evidente el papel de los *media*, en un juego complejo de producción de objetos de consumo y de producción y legitimación de una red (o sociedad) de consumo gore⁵. En ella, encontraríamos ofertados productos o servicios que van desde los objetos de un entretenimiento de la violencia (video-juegos, aplicaciones para dispositivos móviles, tele-series, etc.) a un asesinato por encargo, pasando por el consumo de drogas, la prostitución, el tráfico de órganos o de personas o la venta de violencia intimidatoria.

Estas prácticas de consumo nos hablan, en primer lugar, de una mercantilización del cuerpo que, si bien ya había alcanzado formas hasta hace poco impensables⁶, es aquí llevada al extremo. En estas lógicas gore, la mercancía ya no está, solo, indiferenciada del cuerpo y de la vida

humana. Aquí, ya no es el cuerpo, sino su destrucción, lo que se convierte en mercancía, y “la acumulación [capitalista] es solo posible a través de contabilizar el número de muertos” (Valencia, 2010: 16).

En segundo lugar, esta “comercialización necropolítica” producen, según Valencia, una vuelta de tuerca más en las transformaciones que ha sufrido el concepto y las formas de trabajo en los últimos cuarenta años (lo que conocemos como “post-fordismo”). De hecho, cuando la producción se dirige a la producción de muerte, el sistema de producción global es difícil de comprender dentro de los marcos analíticos conocidos. En este sentido, en pos de la revisión y ampliación de las categorías de economía política que manejamos, parece menos efectista y más pertinente la batería de neologismos que se nos ofrecen.

Asimismo, también tendríamos que tener en cuenta que, en muchos casos, la demanda de estos servicios respondería, según Valencia, a una posición geopolítica específica, que reduce países como México a “fábricas productoras de mercancías gore para el consumo y la satisfacción de las demandas prácticas y lúdicas internacionales” (2010: 61).

Por último, la autora nos insta a considerar ciertas prácticas de “necroempoderamiento” como prácticas que funcionan en el interior de las lógicas del capitalismo. O dicho de otro modo: a considerar esta violencia como una respuesta al capitalismo desde su interior más sanguinario, y que, por lo tanto, más que oponerse a sus lógicas, las recrudece. Valencia denomina al sujeto de estas prácticas como

“sujeto endriago”, en diálogo con un personaje de ficción, precisamente un monstruo con poderes de destrucción ilimitados que aparece en el *Amadís de Gaula*. El “sujeto endriago” es, de este modo, aquel sujeto que ha sido dañado en extremo por las formas de vida capitalista y que se integra de forma ultraviolenta en el sistema de producción gore en busca del capital que le permita una cierta pertenencia y ascensión social que revierta ese daño. En consecuencia, y aunque el tipo de prácticas que lleva a cabo (como el asesinato, la tortura o el tráfico de personas) sean en ocasiones difícilmente predecibles o controlables, el “sujeto endriago” es concebido dentro del creciente estado de precarización capitalista y no deja de estar sujeto a este en tanto que responde a sus lógicas de exclusión, por un lado, y a sus modelos de subjetividad, acumulación e hiperconsumo por otro: “Una versión modificada del *Do it yourself*” (2010: 130)

Así, a partir del desarrollo de estos tres motivos básicos, se realiza el análisis de este devenir del capitalismo en capitalismo gore. Seguramente, podemos seguir problematizando esta categoría, desentrañando algunos de sus postulados o reformulando otros. No obstante, esto mismo significa que, posiblemente, ya contamos con ella, como una herramienta más para pensar en todas las muertes que cada día siguen sin corregirse. Quizá solo después, como sugería Benjamin, podamos hacernos las preguntas necesarias acerca de nuestras formas de vida.

MIGUEL ÁNGEL MARTÍNEZ
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA, (ESPAÑA)

1 El rifle conocido como “Ligero 50” es un rifle de francotirador o “rifle antitanque” que está siendo introducida en la Guerra del Narco por los cárteles mexicanos más activos. La Benelli M4 es una escopeta de pelotas de goma, activada a través de un mecanismo en el que no obstante interviene la pólvora, utilizada frecuentemente por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Valencia se refiere en este sentido a la “sobre-especialización” de la violencia.

2 Véase: Berardi (2007: 119-130). En este artículo Bifo aplica la fórmula “gore” (splatter) al capitalismo para apuntar hacia la relación que existe entre el Estado y la economía italiana, que, como ya sabemos, no puede deslindarse de la economía europea y mundial, y las prácticas económicas y violentas de la mafia a través de *Gomorra* (Mondadori, 2006), de Roberto Saviano, también citada por Valencia.

3 Desde los análisis clásicos de Michel Foucault en torno a la biopolítica hasta la lectura de Zygmunt Bauman en *Modernidad y holocausto* o las tesis de Agamben a partir de la figura del homo sacer: “Si, en todo Estado moderno, hay una línea que marca el punto en el que la decisión sobre la vida se hace decisión sobre la muerte y en que la biopolítica puede, así, transformarse en tanatopolítica, esta línea ya no se presenta hoy como una frontera fija que divide dos zonas claramente separadas: es más bien una línea movidiza tras de la cual quedan situadas zonas más y más amplias de la vida social, en las que el soberano entra en una simbiosis cada vez más íntima no solo con el jurista, sino también con el médico, con el científico, con el experto”(Agamben 1998: 155-156).

4 Aunque aquí se describe un estado de cosas global, es cierto que la violencia admite gradaciones y particularidades locales o nacionales. Así, a lo largo del texto, pero especialmente en el primer capítulo, se insiste en la situación actual de México. Según Valencia, el Estado mexicano de los últimos años “no es detentado por el gobierno sino por el crimen organizado, principalmente por los cárteles de la droga, e integra el cumplimiento literal de las lógicas mercantiles y la violencia como herramienta de empoderamiento, deviniendo así en una Narcotización” (2010: 34). De hecho, en el texto se afirma

que, en casos como el de México, en el que la economía nacional depende de la economía ilegal gore, las medidas en contra de esta última provocarían, como es lógico, un efecto recesivo en la primera.

5 Si bien ya se ha analizado con eficacia el papel de medios de comunicación y entretenimiento en la configuración de las sociedades capitalistas, quizá no se ha prestado suficiente atención al núcleo de análisis que plantea Valencia, no solo en relación a los productos mediáticos como tecnologías de control, sino acerca de una determinada “espectacularización de la violencia”, posiblemente relacionada con distintos motivos: primero, con lo que la autora denomina una “cultura pop de la violencia” (al menos pensable en el caso de México, en la que ciertas prácticas criminales gozan de una popularidad sorprendente); en segundo lugar, con una “efectividad del miedo” (que permitiría la adopción de medidas económicas o de seguridad injustificables, en la línea de Naomi Klein y La doctrina del shock); y, también, con los episodios de violencia masiva y aparentemente sin sentido que se repiten en todo el mundo, y de los que de nuevo Bifo plantea hipótesis de interpretación que en nuestra opinión deberían ser consideradas con urgencia (véase nota 2).

6 Véase: Tiqqun (2012).

Bibliografía citada

- Agamben, Giorgio (1996). *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Berardi, Franco (Bifo) (2007). *Generación Post-Alfa: patologías e imaginarios en el semi capitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Bolaño, Roberto (2007). *La Universidad Desconocida*. Barcelona: Anagrama.
- Escobar, Arturo (1998). *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma.
- Nelly, Richard. [“La crítica feminista como modelo de crítica cultural”](#), *Debate feminista* 40 (2009): 75-85.
- Resa, Carlos (2003). [“La mafia rusa y el espíritu del capitalismo”](#).
- Tiqqun (2012). *Primeros materiales para una Teoría de la Jovencita. Hombres-máquina: modo de empleo*. Madrid: Acuarela/Antonio Machado Libros.
- Valencia Triana, Sayak (2010). *Capitalismo gore*. Barcelona: Melusina.